Leer es mi cuento

Bosque adentro

Cuentos de Grimm

Ilustración Claudia Rueda

Traducción Iván Hernández

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

María Fernanda Campo Saavedra

Ministra de Educación

Editor y traductor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Jenny Alexandra Rodríguez

Diseñador editorial

Neftalí Vanegas

Ilustraciones

Claudia Rueda

Comité editorial

Consuelo Gaitán, Iván Hernández,

Moisés Melo y Jorge Orlando Melo

Primera edición, 2013

ISBN: 978-958-8827-06-3

© Ministerio de Cultura. Derechos patrimoniales reservados sobre las ilustraciones de Claudia Rueda y las traducciones de Iván Hernández.

Material de distribución gratuita. Los textos son de los

Hermanos Grimm que pertenecen al dominio público.

El Ministerio autoriza la reproducción física y digital del libro incluyendo ilustraciones en casos en que no haya fines de lucro; para cualquier otro uso de éstas se requiere autorización del Ministerio de Cultura.

serieleeresmicuento@mincultura.gov.co

Impreso en: diciembre de 2013

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Contenido

Bosque adentro 1

Caperucita Roja 5

Blanca Nieves 11

Hansel y Gretel 26

La bella durmiente 40

Caperucita Roja

Érase una vez una niña encantadora a quien todo el mundo quería, pero sobre todo su abuela, quien no encontraba cómo complacerla. En una ocasión le regaló una caperuza de terciopelo rojo. Resulta que la niña se veía tan bien con ella que todos los días y a toda hora quería usarla; así que desde entonces la llamaron Caperucita Roja.

Un día su madre le dijo:

–Ven Caperucita, toma esta torta y esta botella de vino. Llévaselas a tu abuela. Está débil y enferma, y esto le hará bien. Sé muy amable y dale mis saludos. Compórtate bien en el camino, no abandones el sendero, pues si te caes, la botella se romperá, y entonces no tendrías nada para llevarle a tu abuela enferma.

Caperucita Roja prometió obedecer a su madre. La abuela vivía en el bosque a media hora del pueblo. No bien Caperucita se adentró en el bosque un lobo se le acercó. Ella no sabía lo malo que era ese animal, de modo que no sintió miedo.

–Buenos días, Caperucita Roja.

–Buenos días, lobo.

– ¿A dónde vas tan temprano, Caperucita?

–A casa de mi abuela.

– ¿Y qué llevas en el delantal?

–La abuela está enferma y débil, así que le llevo torta y vino. Ayer horneamos y con seguridad que le sentará muy bien.

–Caperucita, ¿dónde vive exactamente tu abuela?

–Su casa queda a no menos de un cuarto de hora de aquí, en el bosque; justo debajo de los tres árboles de roble. La casa tiene un seto de castaños. Con seguridad que conoces el lugar –comentó Caperucita.

El lobo entonces pensó: "No cabe duda de que aquí tengo un buen manjar. Sin embargo, debo proceder con cautela". Así que dijo a la niña:

–Oye Caperucita: ¿has visto los capullos que florecen en el bosque?, ¿por qué no les das una mirada? Con seguridad que tampoco has oído los cantos tan lindos de los pajaritos. Caminas como si estuvieras yendo a la escuela. ¡Ay, qué bellezas las que se ven en el bosque!

Caperucita Roja abrió los ojos y vio cómo el sol se colaba por entre los árboles, y cómo el suelo estaba cubierto de flores; entonces pensó: "Si llevo un ramo de flores a la abuela se alegrará mucho. De todos modos aún es temprano y volveré a casa a tiempo". Así que se apartó del camino y se puso a recoger flores. Cada vez que cortaba una pensaba

que un poco más allá encontraría otra más bonita, y corría tras ella, adentrándose más y más en el bosque. El lobo en cambio corrió derecho a la casa de la abuela y tocó la puerta.

– ¿Quién llama?

–Soy yo, Caperucita Roja. Te traigo un pastel y un poco de vino. Ábreme la puerta.

–Baja el picaporte. Estoy demasiado débil para levantarme.

El lobo bajó el picaporte y la puerta se abrió. Entró en la casa, se dirigió a la cama de la abuela y se la comió. Luego se vistió con la ropa de la abuela, se puso la cofia, se metió entre la cama y cerró las cortinas.

Entretanto Caperucita había estado recogiendo tantas flores como fue capaz de cargar. Sólo entonces se dirigió a casa de la abuela. Cuando llegó se encontró, para sorpresa suya, con que la puerta estaba abierta. Entró a la sala y encontró todo tan extraño que pensó: “Dios mío, ¿por qué estoy tan asustada? ¡Siempre me he sentido tan bien aquí!”. Se dirigió a la cama y descorrió las cortinas. La abuela estaba acostada con la cofia cubriéndole la cara; tenía una mirada tan extraña. Entonces Caperucita le dijo:

– ¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

– ¡Para oírte mejor!

– ¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

– ¡Para verte mejor!

– ¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

–Para cogerte mejor.

– ¡Ay, abuela, qué boca tan grande tienes!

– ¡Para comerte mejor!

No bien terminó, saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

Una vez el lobo se comió su manjar, se metió de nuevo en la cama, se quedó dormido y empezó a roncar fuertemente. En ese momento pasaba un cazador, a quien le pareció muy raro que la abuela roncara de ese modo, así que decidió echar una mirada. Entró al cuarto y allí se encontró con que en la cama de la abuela se hallaba el lobo al que buscaba desde hacía tanto tiempo. “Se ha tragado a la abuela, pero es probable que ella todavía pueda salvarse. No le dispararé”. Tomó pues unas tijeras y empezó a cortarle la panza al lobo. No había dado más que unos pocos cortes cuando alcanzó a ver la caperucita roja. Cortó un poco más, y la niña entonces saltó y gritó: –Ay, qué asustada estaba.

Qué oscuridad había dentro del lobo!–; y luego, también la abuela salió viva.

Caperucita buscó entonces unas piedras muy pesadas, y con ellas rellenó la barriga del lobo; así que cuando el lobo se despertó, trató de salir corriendo, pero las piedras eran tan pesadas que se cayó y se mató. Y entonces los tres se pusieron muy felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó. La abuela se comió la torta y se bebió el vino que Caperucita había traído; y Caperucita pensó para sus adentros: "Jamás en mi vida volveré a apartarme del sendero para meterme al bosque cuando mi mamá me lo haya prohibido".

También se cuenta que en otra ocasión Caperucita Roja tomó unos pasteles para llevárselos a su abuelita, cuando otro lobo se le acercó y le insinuó que abandonara el camino. Pero Caperucita no le obedeció sino que siguió adelante, camino de la casa de la abuela. Le contó entonces que se había topado con el lobo, que él la había saludado muy amable, pero que en su mirada había algo pavoroso.

–De no haber estado en medio de un camino por el que transita mucha gente, me habría comido.

–Ven –dijo la abuela–; cierra la puerta con el picaporte, de modo que no pueda entrar.

Un rato después el lobo tocó a la puerta y dijo:

–Ábreme abuela, soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles.

Adentro nadie le contestó, ni mucho menos le abrió la puerta. El lobo dio entonces varias vueltas alrededor de la casa, hasta que al fin decidió saltar al tejado. Esperaría hasta cuando Caperucita saliera de la casa de la abuela esa noche para ir a la suya; entonces la seguiría, y cuando estuviera muy oscuro se la comería. Pero la abuela adivinó sus intenciones.

Al frente de la casa había una gran artesa de piedra; entonces la abuela dijo:

–Toma un balde, Caperucita; ayer estuve cocinando unos chorizos. Trae en el balde el agua en que los cociné.

Caperucita estuvo pues cargando agua hasta que la gran artesa estuvo llena. Entonces el olor de los chorizos llegó hasta la nariz del lobo. Este olfateó y miró hacia abajo; pero estiró tanto el cuello que no pudo sostenerse y comenzó a deslizarse… y siguió resbalándose hasta que cayó en la artesa y se ahogó. Y Caperucita Roja volvió alegre y feliz a su casa.

Blanca Nieves

Un día de crudo invierno, mientras los copos de nieve caían del cielo como plumas, una reina se hallaba sentada hilando frente a una ventana cuyo marco era de ébano. La reina cosía distraída mientras miraba cómo caía la nieve, así que se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve; al ver lo rojas y brillantes que lucían, se dijo: – ¡Oh, si tuviera un bebé tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre y tan negro como la madera de este marco…!

No mucho después la reina tuvo una hija, cuya piel era tan blanca como la nieve, de labios tan rojos como la sangre, y el cabello tan negro como el ébano; así que le dio por nombre Blanca Nieves. Pero al nacer la niña, la reina murió.

Pasó un año y el rey tomó de nuevo esposa. Se trataba de una mujer hermosa, pero orgullosa y presumida, incapaz de soportar que nadie fuese más hermosa que ella. La mujer tenía un espejo mágico, ante el cual se paraba a menudo, y mientras se miraba en él, le decía:

–Espejito, espejito de mi corazón, dime, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondía: –la más bella eres tú.

La reina entonces se quedaba tranquila, pues sabía que el espejo siempre decía la verdad.

Pero Blanca Nieves crecía y de día en día era más hermosa; y al cumplir los siete años era tan hermosa como el día, mucho más que la misma reina. De modo que un día la reina se paró ante el espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón, dime, ¿quién es la más bella de esta región? A lo que el espejo respondió: –Reina, eres muy bella en verdad, pero Blanca Nieves lo es aún más.

La reina sintió que se moría; se puso verde y amarilla de envidia; y desde ese momento no resistía ver a Blanca Nieves, y en su corazón fue creciendo el odio, así como crecen las malezas, y no volvió a tener sosiego ni de día ni de noche. Entonces, hizo llamar a un cazador y le dijo:

–Llévate la niña al bosque, de manera que no vuelva a verla nunca más. Tienes que matarla y traerme su corazón en prueba de lo que has hecho.

El cazador obedeció y se la llevó al bosque; pero cuando sacó su cuchillo para atravesar el inocente corazón de Blanca Nieves, la niña comenzó a llorar y a suplicarle:

– ¡Ay, querido cazador, déjame vivir; me quedaré en lo más profundo del bosque, y nunca más regresaré a mi casa!

Y como era una niña preciosa, el cazador se compadeció y le dijo: –Vete pues, niña linda–. Él estaba seguro de que las fieras salvajes la devorarían; y con eso se quitó un peso de su corazón.

Precisamente en ese momento acertó a pasar un cervatillo, lo mató, y sacándole el corazón se lo llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que adobarlo, y la malvada mujer se lo comió, creyendo que con ello había llegado el fin para Blanca Nieves.

Mientras tanto la pobre niña se halló completamente sola en medio del bosque, muerta del miedo, aterrorizada incluso de las hojas de los árboles y sin saber qué hacer. Comenzó entonces a correr sobre agudas piedras y a través de arbustos espinosos, y las bestias salvajes saltaban alrededor de ella sin hacerle ningún daño. Corrió tanto como sus pies fueron capaces de sostenerla; y cuando la noche cayó, llegó a una casita y entró para descansar. Todo allí era muy pequeño, pero tan limpio y bonito que no se podía pedir más. Había una mesita cubierta con un mantelito blanco, y también siete platitos y siete cuchillitos y siete tenedorcitos, y junto a la pared se alineaban siete camitas, cubiertas por siete colchas blancas. Blanca Nieves, que tenía hambre y sed, tomó de cada platito un poco de verdura y de pan, y bebió de cada copita un

poco de vino, pues no quería dejar a ninguno sin su porción. Luego se sintió tan cansada que quiso acostarse en una cama, pero ninguna le quedó a la medida (una era demasiado larga, otra demasiado corta); hasta que al fin se acomodó en la séptima, se quedó allí tendida, rezó sus oraciones y cayó profunda.

Cuando ya la noche había caído, los dueños de la casa llegaron. Se trataba de siete enanitos, que cavaban bajo la tierra en las montañas. Cuando prendieron sus siete lamparitas y la casa se iluminó por todas partes, se dieron cuenta de que alguien había estado allí, pues nada estaba en el mismo lugar en el que lo habían dejado.

El primero de los enanitos dijo:

– ¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo dijo:

– ¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero dijo:

– ¿Quién ha cortado un pedazo de mi panecito?

El cuarto dijo:

– ¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto dijo:

– ¿Quién ha utilizado mi tenedorcito?

El sexto dijo:

– ¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo dijo:

– ¿Quién ha bebido de mi tacita?

Entonces el primero miró alrededor, y viendo que la cama tenía un hundido, preguntó: –¿Quién se ha acostado en mi camita?–; y entonces los otros se acercaron a las carreras y gritaron: –¡Alguien se acostó también en nuestras camas!–. Pero cuando el séptimo reparó en su camita, vio a Blanca Nieves que dormía en ella profundamente.

Entonces, como los otros se acercaron corriendo y con sus lamparitas iluminaron a Blanca Nieves, les dijo:

– ¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío! Qué niña más linda es ésta–, y se alegraron muchísimo al darse cuenta de que no la habían despertado, y que la niña dormía profundamente. Entonces el séptimo de los enanitos durmió con sus camaradas, una hora con cada uno, hasta cuando la noche pasó.

Al amanecer, cuando Blanca Nieves se levantó y vio a los siete enanitos, se asustó mucho; pero ellos la saludaron cariñosamente, quisieron saber cómo se llamaba y ella les dijo que Blanca Nieves; entonces le preguntaron cómo había llegado a la casa. La niña les contó que su madrastra había pretendido que la mataran, y que el cazador le había salvado la vida; y cómo ella había corrido todo el día hasta que al llegar la noche había encontrado la casita. Entonces los enanitos le dijeron:

–Si tú nos cuidas la casa, y nos cocinas, y nos lavas, y nos tiendes las camas y nos remiendas y nos coses, y mantienes la casa linda y bonita, puedes quedarte aquí y nada te faltará.

–Sí –respondió Blanca Nieves–, lo haré con todo mi corazón.

Así que se quedó en la casita y la mantuvo en orden y muy limpia, tal como ellos se lo habían pedido.

En la mañana los enanitos salían para la montaña en busca de oro, y cuando volvían en la tarde la cena estaba lista y calientica. Durante todo el día la niña permanecía sola en casa, así que los enanitos le advirtieron:

–Cuídate de tu madrastra, pronto sabrá que te encuentras aquí, así que no dejes entrar a nadie.

A todas éstas, la madrastra, convencida de que se había comido el corazón de Blanca Nieves, estaba muy tranquila pensando que ella era la más hermosa del reino. Un día se despertó con ganas de oír a su espejo; lo tomó en las manos y le dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió:

–Reina, aunque tú eres muy buena moza, Blanca Nieves, la que vive con los enanitos en la mitad del bosque, es la más hermosa.

La reina se puso entonces furiosa, pues sabía que el espejo jamás mentía; no cabía duda de que el cazador la había engañado, y que Blanca Nieves seguía viva. Pensó y caviló mucho en la forma de terminar para siempre con Blanca Nieves, ya que sabía que hasta tanto no volviera a ser la más hermosa no tendría sosiego.

Al cabo, se ideó un plan: se tiñó el rostro y se vistió como una vendedora, de tal manera que nadie la reconociera. Disfrazada de ese modo, atravesó las siete montañas hasta que llegó a la casa de los siete enanitos, golpeó a la puerta y gritó:

– ¡Vendo mercancía muy bonita… Vendo mercancía muy bonita!

Blanca Nieves se asomó a la ventana y preguntó:

– ¿Qué es lo que vende buena mujer?

–Buenas mercancías, lindas mercancías. Cintas de todos los colores –y sacó una cinta tejida con sedas de todos los colores.

"No tengo por qué temer si dejo entrar a esta mujer", pensó Blanca Nieves; y abrió la puerta y le compró la cinta.

–Oh, niña, qué hermosa eres, acércate y te ayudaré a ponerte la cinta.

Blanca Nieves no sospechaba nada. Así que se acercó, inclinó la cabeza y dejó que le pusieran la cinta; pero la vieja le hizo un nudo y lo apretó tanto que la niña se desmayó y quedó como si estuviera muerta.

–Así está bien. Ahora verás si sigues siendo la más hermosa –dijo la vieja echando a correr.

No mucho después, a la hora de la cena, los siete enanitos llegaron a la casa. Hay que ver cómo se asustaron al ver a Blanca Nieves tirada en el suelo, sin moverse, como si estuviera muerta; la levantaron, y al darse cuenta de lo apretada que estaba la cinta, la cortaron; un momento después la niña comenzó a respirar, y poco a poco recobró el aliento; y cuando se enteraron de lo que había sucedido, le dijeron:

–La vieja vendedora no era otra que la malvada reina; debes cuidarte de no dejar entrar a nadie a la casa mientras nosotros no estemos por aquí.

Y en cuanto a la reina, no bien llegó a su casa se puso delante del espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves la que vive en el bosque con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oír esto la reina se asustó tanto, que el corazón le dio un vuelco en el pecho; eso significaba que Blanca Nieves seguía aún con vida.

–Pero ahora –se dijo–, me idearé algo que la aniquile.

Y con unas brujerías que conocía, fabricó un peine envenenado. Se disfrazó luego de tal modo que parecía, completamente, otra vieja mujer. Así que atravesó las siete montañas y llegó a la casa de los siete enanitos, tocó a la puerta y llamó:

–Vendo buenas mercancías… Vendo buenas mercancías.

Blanca Nieves se asomó a la ventana y dijo: –Ándate, esta vez no dejaré entrar a nadie.

–Está bien. Sin embargo, me imagino que no te han prohibido mirar –dijo la vieja, mientras sacaba el peine envenenado y se lo mostraba. A

la niña le gustó tanto el peine que estuvo tentada a abrir la puerta; una vez el trato estuvo cerrado, dijo la vieja:

–Ahora verás cómo queda tu pelo –y la pobre Blanca Nieves, sin ningún temor, dejó que la mujer le hiciera las trenzas; pero no bien el peine tocó el cabello, el veneno comenzó a surtir efecto, y la niñita cayó sin sentido.

–Ahora sí, dechado de belleza, este es tu fin –dijo la perversa mujer y se marchó.

Quiso la suerte que los enanitos llegaran a la casa poco antes de que amaneciera. Cuando vieron a Blanca Nieves tirada en el suelo como muerta, no dudaron de que se trataba de otra maldad de la madrastra, y muy pronto se dieron cuenta del peine envenenado; y más tardaron en quitárselo, que Blanca Nieves en volver en sí y contarles todo lo sucedido. Entonces le repitieron una y otra vez, hasta el cansancio, que debía ser precavida y no permitir que nadie cruzara la puerta de la casa.

Por su parte, la reina llegó a su casa, se paró ante el espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región? A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves, la que vive en el bosque con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oír las palabras del espejo, la reina se estremeció de la ira: –Blanca Nieves morirá, no importa si me cuesta la vida–. Y entonces se dirigió a una habitación secreta y solitaria, que sólo ella conocía, y preparó una manzana envenenada. Era tan linda, tan blanca y rosada, que todo aquél que la mirara daría lo que fuera por morderla; pero también tan venenosa, que bastaba con probarla para morir de inmediato. Una vez la manzana estuvo envenenada se pintó la cara y se vistió como una campesina, y atravesando las siete montañas se dirigió a la casa de los siete enanos.

Y cuando golpeó a la puerta, Blanca Nieves sacó la cabeza por la ventana y dijo: –No dejaré entrar a nadie, los siete enanos me lo han prohibido.

–Está bien –respondió la mujer–, en otra parte venderé mis manzanas. No obstante, te regalaré una.

–No –dijo Blanca Nieves–, no debo aceptar nada.

– ¿Temes que esté envenenada? –preguntó la mujer. –Mira, la cortaré en dos mitades; te daré a ti la parte roja, y yo me quedaré con la blanca–. Pero la manzana estaba preparada de tal manera que sólo la parte roja tenía veneno. A Blanca Nieves se le hacía agua la boca mirando su mitad; de modo que cuando vio que la campesina se comía su parte, no se aguantó sino que extendió el brazo, tomó su parte y se

la llevó a la boca. No había acabado de tragársela, cuando cayó al piso sin vida. La reina entonces, mirándola de un modo terrible, soltó una carcajada y gritó:

– ¡Tan blanca como la nieve,

Tan roja como la sangre,

Tan negra como el ébano!

Esta vez los enanos no podrán hacer nada para salvarte.

Y cuando llegó a su casa se paró ante el espejo y preguntó:

–Espejito, espejito de mi corazón, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió: –Tú, reina, eres la más bella de la región.

Sólo entonces su envidioso corazón tuvo paz.

Cuando los enanitos llegaron esa noche a su casa, encontraron a Blanca Nieves tirada en el suelo; no respiraba y estaba muerta. La levantaron, buscaron si estaba envenenada, le cortaron las cintas, la peinaron, la lavaron con agua y vino, pero todo fue en vano: la niña estaba muerta y muerta siguió.

Entonces la acostaron en un féretro, se sentaron alrededor, y la lloraron por tres días seguidos. Luego, pensaron en enterrarla; pero se la veía

tan lozana, sus mejillas tan bellas y sonrosadas, que decidieron que no debían sepultarla bajo la negra tierra. Hicieron entonces un ataúd de cristal, que se pudiera ver por todos los lados; la colocaron en él y escribieron su nombre en letras de oro; y debajo pusieron que era la hija de un rey. Llevaron el ataúd a la cima de una montaña, y uno de ellos permanecía siempre a su lado haciendo guardia.

Los pájaros venían a verla y se lamentaban; primero un búho, luego un cuervo, y por último una palomita. Por mucho tiempo Blanca Nieves permaneció en el ataúd sin que se advirtiera ningún cambio, sólo como si durmiera profundamente, pues aún era tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre, y su cabello tan negro como el ébano.

Un día, sin embargo, sucedió que el hijo de un rey que cabalgaba por el bosque llegó a la casa de los enanos y divisó el ataúd en la cima del monte; se acercó y vio a Blanca Nieves que yacía en él, y leyó lo que estaba grabado en letras de oro. Entonces, dijo a los enanos:

–Dadme el ataúd y a cambio os concederé lo que queráis –pero los enanos le contestaron que no se lo darían ni siquiera por todo el oro del mundo. A lo que el príncipe respondió: –Os lo suplico; no podría vivir sin contemplar a Blanca Nieves. Si me concedéis este favor, tendréis todos los honores y cuidaré de vosotros como si fuerais mis hermanos.

Al oírle hablar así, los enanos se compadecieron del príncipe y le dieron el ataúd; el príncipe llamó a sus siervos y les ordenó que lo cargaran sobre sus hombros. Entonces sucedió que en el camino tropezaron con un arbusto, y fue tal la sacudida que la manzana envenenada salió expulsada bruscamente de su garganta. Blanca Nieves no tardó mucho en abrir los ojos, levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

– ¡Oh, Dios mío ¿Dónde estoy?

Lleno de alegría, el hijo del rey le respondió:

–Estás cerca de mí–. Y le contó todo lo que había sucedido. Luego le dijo: –Te quiero más que a nada en el mundo. Ven conmigo al castillo de mi padre y serás mi prometida.

Blanca Nieves aceptó feliz y se fue con él; y el matrimonio se celebró con mucha pompa y mucho lujo.

Pero la perversa madrastra fue también invitada a la boda; se puso un hermoso vestido y se contempló en el espejo.

Luego, muy tranquila, le preguntó:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves, la joven novia, es mil veces más hermosa.

Fue tal su disgusto, que la malvada mujer se puso fuera de sí. Primero pensó en no asistir al matrimonio; pero pronto se dio cuenta de que nunca más tendría paz si no veía a la novia. Y cuando la vio, de inmediato la reconoció; pero no pudo moverse de su sitio, tales eran su rabia y su terror; pues para entonces ya le tenían preparados unos zapatos de hierro ardiente, con los que fue obligada a bailar hasta caer muerta.

Hansel y Gretel

En el lindero de un gran bosque vivía un pobre leñador, con su esposa y sus dos hijos, llamados Hansel y Gretel.

En la casa del leñador casi que no había qué comer ni qué beber. En una ocasión la región tuvo tal carestía, que el pobre hombre ahora sí que no pudo ganarse ni siquiera el pan de cada día. Así que una noche, mientras daba vueltas en la cama pensando en la mala situación, suspiró profundamente y dijo a su mujer:

– ¿Qué será de nosotros? Ni siquiera tenemos con qué alimentar a nuestros hijos; entonces, ¿qué quedará para nosotros?

–Te diré qué haremos, esposo mío –respondió la mujer–; llevaremos a los niños temprano en la mañana a la parte más espesa del bosque; les haremos una fogata y les daremos un mendruguillo de pan a cada uno; después, nosotros nos iremos a trabajar y los dejaremos solos; con seguridad que no podrán encontrar el camino de regreso a casa y así nos libraremos de ellos.

–No, mujer –respondió el hombre–, soy incapaz de hacer eso; no tengo corazón para abandonar a mis hijos en la mitad del bosque; los animales del bosque darán cuenta de ellos.

– ¡No seas necio!; entonces los cuatro moriremos de hambre; debías pues alistar los ataúdes–. Y con esa cantinela lo atormentó hasta que él estuvo de acuerdo.

–Sin embargo, los pobres niños me dan tanta lástima…

A todas éstas, el hambre tampoco había dejado dormir a los niños; así que escucharon lo que la madrastra había dicho a su padre. Gretel, entre amargos sollozos, le dijo a Hansel: –Para nosotros ahora sí todo terminó.

–Quédate tranquila, Gretel, algo me idearé para salir del aprieto.

Y cuando los padres se quedaron dormidos, Hansel se levantó, se puso su abrigo, abrió la puerta trasera de la casa y se deslizó afuera. La luna brillaba y los guijarros blancos que había cerca a la puerta parecían monedas de plata. Hansel se agachó y recogió tantos guijarros cuantos le cupieron en los bolsillos de su abrigo. Luego regresó a la casa y le dijo a Gretel:

–No te aflijas, hermanita, duerme tranquila; el Señor no nos abandonará –y volvió a meterse entre las cobijas.

Al romper el día, cuando todavía el sol no acababa de salir, la mujer entró y despertó a los niños, diciendo: – ¡Arriba, perezosos! Vamos al bosque a cortar leña–; luego les dio un mendrugo de pan, mientras les

decía: –Esto es para el almuerzo. No se lo coman antes, es todo lo que hay.

Gretel se guardó el mendrugo en el delantal, pues Hansel tenía los bolsillos llenos de guijarros. Luego tomaron el camino del bosque. Apenas habían caminado un poquito, Hansel se paró y miró hacia la casa; y así siguió haciendo hasta que su padre le dijo:

–Sin embargo, los pobres niños me dan tanta lástima…

A todas éstas, el hambre tampoco había dejado dormir a los niños; así que escucharon lo que la madrastra había dicho a su padre. Gretel, entre amargos sollozos, le dijo a Hansel: –Para nosotros ahora sí todo terminó.

–Quédate tranquila, Gretel, algo me idearé para salir del aprieto.

Y cuando los padres se quedaron dormidos, Hansel se levantó, se puso su abrigo, abrió la puerta trasera de la casa y se deslizó afuera. La luna brillaba y los guijarros blancos que había cerca a la puerta parecían monedas de plata. Hansel se agachó y recogió tantos guijarros cuantos le cupieron en los bolsillos de su abrigo. Luego regresó a la casa y le dijo a Gretel:

–No te aflijas, hermanita, duerme tranquila; el Señor no nos abandonará –y volvió a meterse entre las cobijas.

Al romper el día, cuando todavía el sol no acababa de salir, la mujer entró y despertó a los niños, diciendo: –¡Arriba, perezosos! Vamos al bosque a cortar leña–; luego les dio un mendrugo de pan, mientras les decía: –Esto es para el almuerzo. No se lo coman antes, es todo lo que hay.

Gretel se guardó el mendrugo en el delantal, pues Hansel tenía los bolsillos llenos de guijarros. Luego tomaron el camino del bosque. Apenas habían caminado un poquito, Hansel se paró y miró hacia la casa; y así siguió haciendo hasta que su padre le dijo:

– ¿Qué es lo que tanto miras Hansel? ¡Camina, no se te olvide para qué sirven las piernas!

–Ay, padre –dijo Hansel–, estoy mirando a mi gatito blanco que está sentado sobre el tejado diciéndome adiós.

–No seas tonto, no es tu gatito sino el sol de la mañana que se refleja en la chimenea–. Por supuesto que Hansel no estaba mirando su gato, sino que cada vez que se detenía dejaba caer un guijarro en el camino.

Una vez estuvieron en mitad del bosque el padre les dijo a los niños que recogieran leña seca e hicieran una fogata para calentarse; Hansel y Gretel reunieron un pequeño montón de leña seca; luego le prendieron fuego, y cuando las llamas estuvieron a bastante altura, dijo la mujer:

–Ahora niños, acuéstense junto al fuego y descansen. Nosotros iremos a cortar más leña; cuando tengamos suficiente, vendremos a recogerlos.

Así pues, Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego, y al mediodía se comió cada uno su pedacito de pan. Como oían los golpes del hacha no dudaban de que su padre se hallaba cerca; pero no era así: lo que oían era una rama seca que golpeaba contra el tronco de un árbol. Al cabo de un rato los ojos se les fueron cerrando de cansancio, así que cayeron en un sueño profundo.

Cuando se despertaron, era ya de noche; Gretel comenzó a llorar y dijo:

– ¿Cómo podremos salir del bosque?–. Pero Hansel la consoló diciéndole:

–Aguardemos un poco, hasta que la luna salga, entonces nos será fácil encontrar el camino de regreso–. Y cuando la luna llena brilló en el cielo, Hansel tomó de la mano a su hermanita, y siguió el sendero que le mostraban las piedrecitas al brillar como monedas recién hechas. Caminaron la noche entera, y sólo al amanecer llegaron a la casa de su padre. Tocaron entonces a la puerta, y cuando la mujer abrió y se dio cuenta de que eran ellos, dijo:

– ¡Pero qué malos son ustedes! ¿Por qué han dormido tanto? Pensamos que nunca más regresarían.

El padre en cambio se sintió muy feliz, pues estaba muy triste por haberlos dejado solos en el bosque.

No pasó mucho tiempo hasta que la escasez volvió; una noche los niños escucharon que la mujer le decía al leñador:

–Otra vez se nos ha acabado todo; sólo nos queda medio pan; cuando nos lo comamos, todo habrá terminado. Los niños tienen que irse. Esta vez nos internaremos aún más en el bosque, de modo que no puedan hallar el camino de regreso; no hay nada más que hacer.

El hombre se entristeció mucho; pensaba para sí: "Sería mejor compartir con ellos el último mendrugo". Pero la mujer no quiso oír ninguna de sus razones, se burló de él y le hizo toda clase de reproches:

–Quien dice A una vez, tiene que decir B otra; y cuando un hombre cede una vez, tiene que volver a hacerlo.

Pero como los niños estaban despiertos, oyeron toda la conversación. Cuando los padres se durmieron, Hansel se levantó pensando en salir y recoger guijarros otra vez; pero la mujer había echado cerrojo a la puerta, de modo que el niño no pudo salir; sin embargo, consoló a su hermana diciéndole:

–No llores Gretel; duerme tranquila, Dios nos ayudará.

Muy temprano en la mañana la esposa vino y sacó a los niños de la cama. Les dio a cada uno un mendrugo de pan (esta vez más pequeño que el anterior); y mientras caminaban hacia el bosque, Hansel fue desmenuzándolo entre el bolsillo y regando las migajas en el suelo.

–Hansel, ¿por qué te detienes y miras hacia atrás? –preguntó el padre.
–Estoy mirando a mi palomita, que está en el tejado y me dice adiós –respondió Hansel.

–No seas tonto –dijo la mujer–, no es una palomita sino un rayo de sol mañanero que brilla en la chimenea.

Pero Hansel siguió regando las migajas mientras caminaba.

La mujer condujo a los niños a la mitad del bosque, tan adentro, que jamás los niños habían estado por allí. Igual que la vez anterior encendieron una fogata, y la mujer dijo:

–Niños, quédense aquí juiciosos; y cuando estén cansados, duerman; nosotros iremos bosque adentro a recoger leña, y cuando hayamos terminado regresaremos por ustedes.

Al medio día, Gretel compartió su pan con Hansel, ya que el de él lo había regado en el camino. Luego se recostaron y se fueron quedando dormidos; así pasó la tarde y llegó la noche, y nadie vino en busca de

los niños. Cuando se despertaron era ya noche cerrada. Hansel entonces consoló a la hermanita diciéndole:

–Esperemos, Gretel, hasta que la luna salga; entonces encontraremos el camino de regreso, siguiendo las migajas que yo he regado por el sendero.

Así que cuando la luna salió se levantaron; pero no pudieron hallar ni una sola migaja, ya que los miles de pájaros del bosque y de los campos se las habían comido. Hansel pensó que podría encontrar el camino, pero no fue así. Caminaron toda la noche, y también al día siguiente de la mañana a la noche, pero nada que lograban salir del bosque; y además estaban muy hambrientos, pues apenas si habían podido comer las bayas que encontraban en el bosque, así que cuando estuvieron tan cansados que ya no fueron capaces de tenerse en pie, se tumbaron debajo de un árbol y se profundizaron.

Habían pasado ya tres días desde que abandonaron la casa de su padre. A pesar de que trataban de regresar, se internaban más en el bosque; de modo que si no recibían pronto ayuda morirían de inanición.

Al medio día vieron un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, parado en un arbusto, y cuyo canto era tan precioso que los niños se detuvieron a escucharlo; y cuando terminó, el pájaro extendió las alas y echó a volar delante de ellos. Hansel y Gretel lo siguieron hasta que el pájaro

llegó a una casita y se posó en el tejado; y cuando los niños llegaron se dieron cuenta de que la casita estaba hecha de pan, el tejado de pastel, y las ventanas de azúcar transparente.

– ¡Comeremos de todo esto. Qué banquete el que nos espera! –Dijo Hansel–, yo me comeré un pedazo de techo; cómete tú un poco de la ventana, te sabrá muy dulce.

Hansel se empinó y cogió un pedazo de techo, sólo para ver cómo sabía; Gretel, por su parte, le dio un mordisco a la ventana. Entonces salió una vocecilla del interior de la casa:

–Quién come, quién come, ¿quién se come mi casita?

Los niños respondieron: –No se preocupe, es el viento–, y siguieron comiendo sin ocuparse de lo que oían. Hansel, a quien el techo le gustó mucho, partió un pedazo muy grande; y Gretel cogió una ventana, se sentó y comenzó a dar cuenta de ella. Entonces se abrió la puerta, y de pronto apareció una vieja, apoyada en un bastón.

Hansel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos. Pero la vieja movió la cabeza y dijo: – ¡Ay, mis niños, ¿cómo han llegado hasta aquí? Entren y quédense conmigo, nada malo les pasará–. Los tomó de las manos y los entró a la casita. Allí les dio una muy buena comida: leche, y pasteles con azúcar, manzanas y nueces.

Luego les mostró dos camitas blancas, y Hansel y Gretel se acostaron en ellas pensando que estaban en el cielo.

A pesar de que la vieja había sido tan amable, en realidad era una bruja perversa que espiaba a los niños, y que había construido la casita con el único fin de atraerlos. Una vez los tenía en su poder, acostumbraba matarlos, cocinarlos y comérselos, y ese día era para ella un día de fiesta.

Aunque las brujas tienen los ojos rojos y no pueden ver muy lejos, su olfato es en cambio tan fino como el de los animales, de modo que saben cuándo una criatura humana está cerca. Cuando supo que Hansel y Gretel estaban cerca, se rió con una malvada sonrisa y se dijo: – ¡Ahora son míos, no los dejaré escapar!

Entonces al día siguiente, muy temprano en la mañana, antes de que los niños se despertaran, se levantó y les echó una mirada; y al verlos dormir tan plácidamente, con sus mejillas rojas y redondas, se dijo: – ¡Qué fiesta voy a darme!

Entonces cogió a Hansel con su mano huesuda, lo condujo a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta de rejas; allí podría gritar y llorar tanto como quisiera, de nada le serviría. Luego fue hasta donde dormía Gretel, la sacudió y le gritó:

–Levántate, perezosa; ve a buscar agua y prepara una buena comida para tu hermano: él está afuera en el establo y tiene que engordar; cuando esté gordo, me lo comeré.

Gretel comenzó a sollozar amargamente, pero de nada le sirvió; ella tenía que hacer lo que la malvada bruja le mandaba. De modo que al pobre Hansel se le preparaba la mejor comida, mientras que para la pobre Gretel sólo había caparazones de cangrejos.

Todas las mañanas la bruja visitaba a Hansel en el establo y le gritaba:

–Hansel, saca un dedo a través de la reja, ¡quiero ver si estás bastante gordo para comerte!

Pasaron cuatro semanas, pero Hansel seguía tan flaco como había llegado; la bruja entonces perdió la paciencia y no fue capaz de esperar más. Entonces le gritó a Gretel: – ¡Ven acá, Gretel!, corre y tráeme agua. Gordo o flaco, mañana me comeré a Hansel.

¡Ay, como gemía la pobre hermanita mientras traía el agua, y cuántas lágrimas corrían por sus mejillas!

– ¡Dios mío, ayúdanos! –gritaba–, ¡si al menos hubiéramos sido devorados por las fieras del bosque!

–Ahórrate tus lamentos, –le dijo la mujer–; de nada te servirán.

Al día siguiente muy temprano, Gretel tuvo que levantarse, encender el fuego y colgar el caldero.

–Primero haremos el pan –dijo la vieja–; ya prendí el horno y tengo la masa lista –y empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del cual ya salían llamas.

–Mete la cabeza –dijo la bruja–; fíjate si está tan caliente que podamos meter el pan.

Una vez Gretel estuviera adentro, la bruja pretendía cerrar el horno, asarla y comérsela también. Pero Gretel adivinó las intenciones de la vieja, entonces le dijo:

–No sé cómo hacerlo, ¿cómo puedo meterme ahí dentro?

–No seas estúpida –gritó la vieja–; ¿no ves que la boca del horno es tan grande que incluso yo quepo?

Así que se acercó y metió la cabeza entre la boca del horno. Entonces Gretel le dio un empujón que la lanzó adentro, cerró la tapa y la atrancó. ¡Qué aullidos tan pavorosos comenzó a lanzar la vieja! Pero Gretel salió corriendo y dejó que la vieja se cocinara horriblemente.

Al llegar al establo, abrió la puerta y gritó:

–Hansel, estamos salvados, la vieja bruja ha muerto.

Entonces Hansel saltó fuera como un pájaro al que se la abre la puerta de la jaula. ¡Cómo se alegraron! ¡Cómo se abrazaron! ¡Cómo se besaron y cómo bailaron! Y puesto que ya no tenían nada que temer, se metieron en la casa de la bruja y vieron que en cada rincón había arcas llenas de perlas y de piedras preciosas.

–Estas son mejores que los guijarros, –dijo Hansel– mientras se llenaba los bolsillos; y Gretel pensó que también le gustaría llevar algo a casa, así que llenó de perlas su delantal.

–Pero ahora vámonos –dijo Hansel. –Tratemos de salir de este bosque embrujado.

No habían caminado sino unas cuantas horas, cuando se encontraron frente a un gran río. –Jamás lograremos cruzar –dijo Hansel–. No hay por dónde pasar y no veo ningún puente.

–Tampoco hay ninguna barca –dijo Gretel–, pero se acerca un pato blanco; ¡si le pido que nos ayude, seguro que lo hará!

–Pato, patito mío,

no veo paso ni puente,

ven aquí; sobre tu espalda

cruzarán Hansel y Gretel.

El patito se acercó, Hansel se montó y pidió a su hermana que lo hiciera también.

–No –respondió Gretel–, será mucho peso para el pato; podemos pasar uno por uno.

Y así se hizo. Ya en la otra orilla, reanudaron la marcha muy felices. Cada vez el bosque les era más familiar, hasta cuando divisaron, a la distancia, la casa de su padre. Corrieron hasta que llegaron y se echaron en sus brazos. El pobre hombre no había tenido un momento de sosiego desde que los abandonara en el bosque; a todas éstas, la mujer ya había muerto. Y cuando Gretel sacudió su delantal, las perlas y las piedras preciosas rodaron por el suelo; también Hansel fue sacando las suyas de los bolsillos, puñado tras puñado. Así terminaron sus penas y vivieron felices por siempre jamás.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

La bella durmiente

Pequeña Rosa Silvestre

En tiempos remotos vivían un rey y una reina que todos los días suspiraban:

– ¡Ah, si tuviéramos un hijo–. Pero no se les cumplía el deseo.

Cierto día en que la reina se bañaba, una rana saltó del agua a la orilla y le dijo:

–Antes de que pase un año, tus deseos se cumplirán. Traerás una niña al mundo.

Y tal como la rana lo pronosticó, así sucedió: la reina tuvo una niña tan hermosa que el rey no cabía de felicidad; así que organizó una gran fiesta, a la que invitó no solamente a sus familiares, amigos y conocidos, sino también a las hadas, para que fueran amables y generosas con su niña. Las hadas del reino eran 13, pero ya que el rey no tenía sino 12 platos de oro, una de ellas no fue invitada.

Sin embargo, la fiesta se celebró con todo su esplendor; cuando estaba por terminar, cada una de las hadas se acercó para concederle un don a la niña: una, le concedió la virtud; otra, la belleza; la siguiente, la riqueza; y así sucesivamente, dándole todo lo que es apetecible en el

mundo. Cuando ya once hadas habían concedido su don, de pronto se presentó el hada decimotercera, es decir, la que no había sido invitada, ardiendo en deseos de vengarse; y sin saludar a nadie, exclamó:

–En cuanto cumpla quince años, la princesa se pinchará con una aguja y caerá muerta–. Y sin decir palabra, dio media vuelta y salió de la estancia.

Toda la concurrencia enmudeció del pavor. Faltaba aún el don del hada decimosegunda, quien, aunque no estaba facultada para deshacer el maligno hechizo del hada, sí podía atenuarlo. El hada se adelantó y dijo:

–La princesa no morirá; caerá en un sueño profundo que durará cien años. El rey, ansioso por liberar a su niña de esta desgracia anunciada, mandó destruir todos los husos que había en el reino.

Así pues, la doncella creció adornada de todas las virtudes que le habían concedido; era tan hermosa, modesta, dulce, lista y amable, que todo el que la veía no podía sino amarla.

Sucedió que un día, cuando ya estaba próxima a cumplir los quince años, mientras el rey y la reina se encontraban de paseo fuera del palacio, la niña se quedó sola. Así que aprovechó la ocasión para recorrer el palacio, metiéndose en todas las habitaciones y las estancias que se le antojaban, hasta que, al cabo, llegó a una vieja torre.

Ascendió por la escalera que conducía a una pequeña puerta, en cuya cerradura había una llave enmohecida. Le dio la vuelta y la puerta se abrió; en la habitación se hallaba una anciana, que con un huso, hilaba laboriosamente su lino.

–Buenos días, abuelita –dijo la princesa–; ¿Qué haces?

–Estoy hilando –contestó la buena mujer inclinando la cabeza.

–Y qué es esa cosa que gira tan rápido–, preguntó la niña; y, cogiendo el huso, comenzó a hilar. Pero no bien lo hubo tocado, se pinchó el dedo. En ese mismo instante cayó sobre la cama que había en el cuarto y quedó profundamente dormida, y su sueño se propagó por todo el palacio; el rey y la reina, que acababan de regresar y estaban en el salón, se quedaron dormidos, y con ellos toda la corte; los caballos en sus pesebreras; los perros en el patio; las palomas en el tejado; las moscas en las paredes; hasta el fuego que ardía en el hogar se quedó quieto y se durmió como los otros; y la carne que estaba en las brasas dejó de asarse; y el cocinero que iba a tirar de las orejas al ayudante de cocina por cierta equivocación, lo dejó tranquilo y se quedó dormido; y el viento cesó, y ni una hoja volvió a moverse en los árboles del castillo.

Entonces alrededor del castillo empezaron a crecer las zarzamoras, hasta que taparon el castillo por todas partes, de modo que nada de él se veía, salvo el pendón que ondeaba en la torre.

Y un rumor comenzó a propagarse acerca de la bella princesa, a quien llamaron desde entonces Rosa Silvestre; y, de tiempo en tiempo, los hijos de los reyes venían a intentar abrirse paso a través del seto espinoso que protegía el castillo; pero les era imposible lograrlo, pues los espinos se cerraban como si de brazos muy fuertes se tratara. Los jóvenes eran aprisionados, y al no poder zafarse morían de una muerte cruel. Muchos, muchos años después, llegó el hijo de un rey al reino, y oyó hablar a un viejo acerca de un castillo que se hallaba rodeado por un bosque de plantas de espino, en el que dormía, hacía cien años, una bella princesa llamada Rosa Silvestre, junto con el rey, la reina y toda la corte. Sabía demás, por haberlo oído de su abuelo, que muchos príncipes habían intentado atravesarlo, pero que todos habían muerto, aprisionados entre los espinos. A lo que el joven dijo:

–A pesar de todo, no siento temor; atravesaré el bosque de espinos y veré a la encantadora Rosa Silvestre.

El buen viejo trató de disuadirlo, pero el príncipe no escuchó sus consejos. Para entonces los cien años tocaban a su fin, y el día en que Rosa Silvestre debía despertar estaba próximo. Cuando el príncipe se aproximó al seto de arbustos de espinos, éste se transformó en un bosque de flores hermosas que se doblaban para dejarlo pasar, y luego se cerraban y convertían de nuevo en cerco infranqueable.

Cuando llegó al patio del palacio vio los caballos y los perros de caza dormidos; y sobre el techo, las palomas tenían la cabeza debajo del ala; y cuando entró en el edificio, las moscas dormían en las paredes; el cocinero tenía su mano levantada para castigar al ayudante de cocina, y la cocinera tenía el pollo negro sobre su regazo, listo para desplumarlo.

Entonces siguió caminando, y adentro vio a toda la corte dormida; en el trono estaban el rey y la reina, dormidos; y más adentro, todo estaba tan silencioso que podía oír su propia respiración. Y por último, llegó hasta la torre, subió por la escalera de caracol, y abrió la puerta de la estancia en la que yacía Rosa Silvestre; y cuando la vio tan preciosa en su sueño, no pudo apartar de ella sus ojos. Luego se inclinó y la besó. Ella se despertó, y abrió sus ojos; y le lanzó una mirada amorosa. Luego se levantó, y juntos despertaron al rey y a la reina; y luego a toda la corte; y todos se miraban con ojos de asombro; y los caballos de los establos se sacudieron; los perros de caza saltaron y menearon sus rabos; las palomas sacaron las cabezas de debajo de sus alas, miraron alrededor y emprendieron el vuelo; las moscas en la pared siguieron caminando; el fuego del hogar se avivó y asó la carne; el asado volvió a chirriar, el cocinero le dio tal palmada en la oreja al pinche que lo hizo chillar, y la cocinera continuó desplumando el pollo.

Luego el matrimonio del príncipe y Rosa Silvestre se celebró con todo esplendor, y ellos vivieron felices hasta el fin de sus días.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022